

TODOS HACEMOS

46

CASTILLOS EN EL AIRE.

COMEDIA EN CUATRO ACTOS.



CON LICENCIA.

MADRID, IMPRENTA DE DON VENTURA CANO:

AÑO DE 1818.

Se hallará en la librería de Gonzalez, calle de Atocha, frente á la casa de los Gremios, con un gran surtido de Comedias, Tragedias y Sainetes.

PERSONAS.

Don Genaro.

Doña Clara.

Don Evaristo.

Don Pascual.

Justina.

Victor.

Francisco.

Un Criado que no habla.

La Escena es una casa de Campo.

CON LICENCIA.

MADRID, IMPRENTA DE DON VENTURA CANO.

AÑO DE 1818.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una sala con puerta en el fondo.

ESCENA 1.^a

Clara y Justina.

Clar. ¡ Tanto como tarda padre!

Just. Quizá ya vendrá muy presto,
ademas, ya sabe usted
que necesitaba tiempo
para hacer las diligencias.

Clar. Con todo, Justina, temo..

Just. Qué teme usted?

Clar. Yo no sé,
ese bosque tan espeso
que tiene que atravesar,
y de noche,

Just. No hay recelo;
ademas, que fué Francisco
con su merced.

Clar. Nada es eso;
¿ los dos soldados, sin armas,
qué pueden hacer? Si hay riesgo,
vaya, bien pudiera padre
venir temprano, con eso
me evitaria este susto.

Just. ¡ Oh! el aguardar es molesto,
y mucho mas, verbigracia,
cuando se espera un sugeto
que debe darnos noticias
importantes; pues yo creo
que toda esa desazon
es un bonito pretexto
para ocultar la impaciencia
que os martiriza en efecto.
¿ Por qué aguarda usted la vuelta
de padre con tal extremo,
sino porque debe darla
noticias del embeleso
de su corazon; del novio,
y por que traerá á mas de esto,
carta de Madrid, que diga
á punto fijo el dia cierto

en que estará con nosotros
don Pascualito ¿ lo acierto?

Clar. Vaya, quien te oiga dirá
que tan solo pienso en ello.

Just. ¿ Y no es así? todo el dia
solo de ese caballero
hemos hablado: gran punto,
que despues de mes y medio
que repitiéndole estamos,
siempre nos parece nuevo.

Clar. ¿ Porqué me lo acuerdas tú?

Just. Lo acuerdo por complaceros,
y porque apenas pronuncio
una palabrilla de esto,
cuando usted sigue al instante
la conversacion.

Clar. No puedo
negarte que tengo ganas
de conocer el sugeto
que ha de ser mi esposo.

Just. Y es
muy natural, os confieso,
que tal vez en ese punto
soy yo mas curiosa.

Clar. Tengo
formada de don Pascual
una bella idea.

Just. Quedo,
no sea que esa bella idea
se desvanezca al momento
de mirarlo.

Clar. Será un joven
bien parecido.

Just. Convengo
en que así será.

Clar. Galan,
airoso.

Just. Tambien es eso
muy posible.

Clar. Me parece,
Justina, que le estoy viendo

llegar á cumplimentarme
con un aire de respeto,
y franqueza todo junto,
porque él sabe con efecto
ser franco sin quebrantar
las leyes del cumplimiento;
pero lo que en él me encanta
es lo bondoso y lo ingénuo:
no esperes ver un marido
que estando ya satisfecho
de que tiene la palabra
de mi padre, viene necio
sin contar conmigo, á darme
la mano, no, nada de eso.
Don Pascual es un amante
desconfiado y discreto,
que duda si será amado,
y que quiere conocerlo
en mis ojos, con el fin
de que el sí que darle debo
sea dictado por mi gusto.

Just. Muestra en eso su talento.

Clar. Bien puedes creer que le tiene,
pero el suyo no es de aquellos
talentos que solamente
con cuatro chanzas ó cuentos
brillan por un breve rato,
y agradan solo á los necios;
su talento es ilustrado
por un estudio mui serio,
y así es justo, igual... en fin
lo que se llama talento,
con toda su propiedad;
de modo, que yo me atrevo
á conocer á mi amante
entre mil hombres, lo mismo
que aquella dama que en
la Comedia, al momento
supo quien era su esposo.

Just. ¡Pobre de mí! Según eso
usted copia á don Pascual
por los hermosos modelos
de los héroes de teatro.
Seguramente que aquellos
son graciosos y apreciables;
pero por desgracia creo
que son retratos, señora,
sin original. Yo encuentro

que ese que usted se figura,
no solo no es verdadero
mas ni verosímil; nunca
se halla un hombre tan perfecto
en el mundo, ni una dama
tampoco.

Clar. ¿Qué importa eso?

Déjame con la esperanza,
que lisongea el deseo.

Just. Pero es mui perjudicial
esa esperanza, supuesto
que ella basta á disminuir
el mérito verdadero
de don Pascual. Como usted
se le figura perfecto,
por fuerza ha de parecerla
mui mal despues. Yo no tengo
ese peligro, y así
sin pasar por loca, creo
que me es lícito esperar
que con el esposo vuestro
viene por criado un jóven
gracioso, de bello cuerpo,
listo como una pimienta,
y que en el primer momento
me ama, y es correspondido;
que no pasa mucho tiempo
sin que me lo diga, y yo
se lo confirme. Con esto
ni mui poco ni mui mucho
es lo que pido.

Clar. Veremos

si yo me finjo imposibles.

Just. Sin embargo, mi consejo
es disminuir un poquito
la opinion formada... pero
escuche usted... gente llega,
y es mi amo.

Clar. ¡Oh qué momento
tan terrible!

Justin. ¿El corazon
os palpita?

Clar. Un poco.

Just. Bueno;
pero mas palpitara
cuando venga el novio mismo.

Clar. ¿En qué consiste que tarda
tanto en la escalera?

Just. Eso
consiste en que corre mas
vuestra impaciencia que el viejo.

ESCENA 2.^a

Dichas y don Genaro.

Gen. Buenas noches, hija mia.
¡Qué delicioso momento
es aquel en que uno vuelve
á ver su familia bueno
y sano, despues de un viage!
Yo en ninguna parte creo
que estoi mejor que en mi casa.

Clar. ¡Qué larga se nos ha hecho
vuestra ausencia!

Just. Sí señor;
no sabe usted el tormento
que es esperar; ya las dos
suspirábamos por veros.

Clar. ¿Cómo está mi tia?

Gen. Buena,
y recibe lo primero
un abrazo de su parte,
que por este encargo quiero
comenzar á responderte.
Por lo demas, todo está hecho
con felicidad, te doi
al presente desde luego
la mitad de mis caudales.

Clar. Basta... De otra cosa hablemos.
¿Nada me traeis?

Gen. ¿Qué?

Clar. Noticias.

Gen. ¿Noticias? Muchas por cierto.
En Londres hai una escuadra
formidable.

Clar. ¿Qué importa eso?

Gen. Que saldrá dentro de poco
con direccion á...

Just. Teneos,
que salga ó que entre la escuadra
poco importa, ni tenemos
en todo el mapa mas punto
que Madrid, Madrid.

Gen. Mui bueno.
Pues de Madrid traigo carta

precisamente.

Just. Eso quiero.

Clar. ¿Y escribe don Pascual?

Gen. No, sino su tio: espero
causarte una gran sorpresa.
Mañana quizás tendremos
á don Pascual con nosotros.

Clar. Y me lo callabais, ¡bueno!
vaya que sois reservado.

Gen. Pues aun hai mas en el cuento,
pero no te lo diré,
que no guardarás secreto.

Clar. ¡Qué mala opinion teneis
de mí!

Gen. Sí, que no sabemos
lo que son niñas, y tú,
y Justina, habláis por ciento.

Clar. Que se retire.

Just. No haré
tal cosa; yo tambien tengo
prudencia para callar,
y así á escucharlo me quedo.

Gen. En fin, si me prometeis
no descubrirme...

Clar. Os prometo
cuanto querais.

Just. Y yo, y todo.

Gen. Es que el asunto es mui serio.
Dice así la carta: » Amigo
antiguo. ¡Qué lisongero
es este título! *antiguo...*
ya se vé, hace por lo menos
catorce años que lo somos...
catorce años... bobos....

Clar. Bueno,
no interrumpamos el hilo
con reflexiones.

Gen. Es cierto:
sigue pues así: » dos días
» hace el de hoi que se ha puesto
» en camino mi sobrino,
» pero ha formado un proyecto
» algo extraño, y me parece
» que descubrírtelo debo:
» quiere observar á su gusto
» humor, carácter, y génio
» de la que ha de ser su esposa,
» por lo cual irá fingiendo

»ser un viagero que acaso
»perdió el camino.

Just. ¡Por cierto
graciosa idea!

Clar. Con todo
da á entender... qué se yó...

Gen. Bueno:
no interrumpamos el hilo
con reflexiones.

Clar. Ya entiendo:
prosiga usted.

Gen. Ya lo hago.
»Yo no apruebo este proyecto
»de ningun modo, y así
»te lo aviso, por que temo
»que mirando á mi sobrino
»no mas que como viagero,
»aunque tengas la atencion
»de darle un alojamiento,
»acaso reusarás
»atenderle como á yerno.
»Darás á Clara un abrazo
»por mí, ya que yo no puedo
»á causa de mis achaques
»ir á verte. A Dios.» Y luego
en una posdata añade.

»Guarda mejor mi secreto
»que yo le guardo.» Lo mismo
yo sin posdata te advierto.
Vaya pues; ¿qué te parece
de don Pascual el proyecto?

Clar. Ni bien ni mal, pues no hay
nada que me ofenda en eso.

Y su tío me parece
le culpa sin causa. ¡Es cierto
que los esposos del día
se descuidan tanto en esto
de conocerse! Además
don Pascual muestra con eso
que quiere hacerme feliz.

Gen. Es verdad, y así debemos
disimularle este chasco:
venga y conózcate, puesto
que eres la que en ello gana.
Pero es bien que aprovechemos
el aviso de mi amigo;
nuestros papeles haremos
recíprocamente todos.

Flingiremos en efecto
no conocerle nosotros,
ya que ha de estar encubierto.
Y como puede que acaso
llegue esta noche, ya tengo
advertido á los criados
que le admitan con respeto;
pero sin darle á entender
que le conocen.

Just. Yo siento
caballos en el portal,
si será el.

ESCENA 3.^a

Dichos, Francisco apresurado.

Fran. Ya tenemos
al novio en casa.

Gen. Animal,
¿no te he dicho que no quiero
que se llame así?

Fran. Es verdad,
se me olvidó con efecto,
pero ello es que don Pascual
ha llegado.

Gen. Majadero,
¿otra vez así le nombras?

Fran. ¿Y á que viene ese misterio
cuando él mismo se descubre?
apenas entró, al momento
me habló ya, como si fuese
su criado.

Just. Prosiguiendo
en esto de los criados,
¿qué tal es el suyo?

Fran. Bueno.

Just. ¿Es jóven? ¿Bien parecido?
¿Gracioso?

Fran. Si, todo eso.

Just. ¿Y dime?

Gen. No seas cansada,
si ya vas á verle presto:
hija mía, don Pascual
vá á subir en el momento,
y es preciso recibirle.

Fran. Allí viene ya. *vase.*

ESCENA 4.^a*Genaro, Clara y Justina.**Gen.* ¿Qué es esto?

¿qué tienes?

Clar. ¡Esta llegada tan repentina!... me encuentro casi sin vestir.*Gen.* No importa.*Clar.* Con todo, señor, yo quiero ponerme decente.*Gen.* Irás á tratar con el espejo dos horas, y cuando acabes, yo apostaría algo bueno á que no estas tan graciosa como ahora.*Clar.* Con todo eso, con licencia de usted voi, y no estaré mas que un credo.ESCENA 5.^a*Genaro, y Justina.**Gen.* Voi á decirla una cosa. Aguárdate y di á mi yerno que vuelvo al instante.ESCENA 6.^a*Justina sola.**Just.* Bien.

Ya estamos en el momento de hacer mi papel aquí.

Ya llegan, y el pecho siento que me bate; todo vá como es razon; con efecto, ellos dos, y dos nosotras, lindas parejas haremos.

ESCENA 7.^a*Dicha, don Evaristo y Victor.**Just.* Sírvasse usted esperar

un instante, caballero, que pronto vendrá mi amo; pero si teneis empeño en verle al instante, irán á llamarle.

Evar. Nada de eso:

¿á qué fin incomodarle?

Yo esperaré todo el tiempo que usted quiera.

Just. Sin embargo....*Evar.* Vaya señora, ya veo que es usted muy complaciente. Yo pasaria contento cien años en esta sala, si usted no se fuese.*Just.* Creo

que usted será mui cortés; mas detenerme no puedo, me voi con vuestra licencia.

ESCENA 8.^a*Evaristo, y Victor.**Evar.* Amigo, esto vá mui bueno, mui excelente.*Vic.* Asi es:

¡bella acogida! Un encuentro inesperado, por Dios que lo veo y no lo creo.

Evar. Si Victor, este Palacio que me recuerda los tiempos de los Godos, ese bosque cuyos árboles espesos y elevados casi tocan la bóveda de los cielos, todo está pronosticando, todo ello me esta diciendo que hay tamaña aventura.*Vic.* Dejemos por Dios, dejemos de echarnos por esos trigos, mucho mas cuando tenemos con sola la realidad mucho que decir: yo llego á la puerta, me la abren de par en par, entro luego temblando como la hoja en el árbol, cuando veo

que á porfía me reciben.
Se adelanta en el momento
un mozo, y toma el caballo,
tratándome con respeto,
con el nombre de señor
otro, finalmente, y luego
todos á una me franquean...

Evar. Es mui agradable el dueño
de esta quinta.

Vict. ¿Conocéisle?

Evar. No, pero lo están diciendo
sus criados; pues si él fuese
intratable y de mal génio,
tambien serian sus criados
insolentes: el proverbio
muestra: tal como es el amo,
asi es el criado.

Vict. Es cierto,
por eso todos le tienen
á usted en tan buen concepto.

Evar. Sí, porque tú me le ganas.

Vict. Yo no sé, pero el proverbio
no miente; tal es el criado
asi es el amo; y volviendo
á lo que aqui nos sucede,
cada vez mas me sorprendo.

Evar. ¿Y por qué causa no soi
en todas partes lo mismo
igualmente recibido?

Vict. No se ponga usted tan hueco,
que ayer...

Evar. Ayer no es ahora.

Vict. Mui bien, pero en el supuesto
de que este dia encontramos
la fortuna, ¿qué hallaremos
el de mañana?

Evar. Mañana
otra aventura tendrémos.

Vict. Mui bien vá; pero señor,
¿cuál es el fin, el intento
de tantos viages? ¿quereis
vivir siempre asi corriendo
de tierra en tierra, pasando
la vida de un bandolero?
Seis años hace y aun mas
que me lleva usted de reino
en reino.

Evar. ¿Hai cosa mejor?

Vict. ¿Y qué diablos de provecho
saca usted de estas viajatas?

Evar. La memoria.

Vict. Sí, el recuerdo
de haber perdido mil veces
tener un lucroso empleo,
ó haber hecho una gran boda,
y por recompensa de esto
haber despreciado siempre
lo seguro por lo incierto.
Y yo, borrico de mí,
que cual Sancho Panza quiero
seguir al nuevo Quijote
por caminos y senderos,
maldiciendo y renegando
cuando el camino perdemos,
que sucede muchas veces.

En fin, paciencia, no puedo,
por lo mucho que le estimo,
separarme de usted: tengo
todos los proyectos que hace
como Palacios de viento,
y á pesar de eso me gusta
oirle cuando habla de ellos.

Y asi es que aunque me enfado
de mi suerte, nunca quiero
mejorarla con dejar
su lado de usted.

Evar. Ya entiendo
todo lo que se merece
un criado de tu zelo,
y te recompensaré
mas que piensas algun tiempo.

Vict. A prometer nadie os gana,
y no teneis en efecto
un ochavo.

Evar. Tengo haciendas.

Vict. ¿A que no sabeis vos mesmo
á dónde estan?

Evar. Tengo un tio.

Vict. Es verdad, gran caballero,
y mui liberal, que ántes
nos enviaba dinero,
Dios se lo pague, mas ahora
hace seis meses lo menos
que ni siquiera os escribe.

¿Si acaso ya será muerto?

Evar. Sentiria que asi fuese;

pero en todo caso tengo
la proteccion del ministro;
ya ví en la gaceta puesto
su nombre, fue de mi padre
compañero de colegio,
y yo de aquesta amistad
soi legítimo heredero
por línea recta; esto mismo
me dice en su carta.

Vict. Bueno,
¿y haceis caso de una carta
firmada por un efecto
de mera etiqueta?

Evar. ¡Oh! no;
sin pérdida de correo
me respondió.

Vict. Cuatro líneas.

Evar. Pero de grande concepto.

No le pesará tratar
conmigo, porque en efecto,
sin que sea vanidad,
soi conocido sugeto,
hijo de buena familia:
en mis muchos viages tengo
adquiridas grandes luces,
profundos conocimientos;
ademas tambien estoi
instruido en el derecho
público, con que mañana,
sin que perdamos mas tiempo,
salimos de aqui, me planto
en el sitio, me presento
á S. E., lo mismo
que si yo fuese el correo
que anunciase una victoria
decisiva; alli me dejo
de bajas humillaciones,
y facha á facha le espeto
esta relacion: señor,
puede que V. E. mesmo
acuse esta mi llegada
de atrevida; pero en esto
doi á entender mi caracter:
yo soi al servicio vuestro
don Evaristo Ventoso;
tal como me veis que llego
á vuestra presencia, iré
al cabo del universo,

si soi útil á mi Rei,
y á mi Patria. Dicho esto
con cierto desembarazo,
y cierta gracia que tengo,
se prenda mucho de mí
su excelencia: en el momento
tramamos conversacion
sobre asuntos mui diversos,
y en gran manera importantes:
el ministro, que no es lerdo,
me observa con atencion,
se entera de mi talento,
y oigo que dice á la córte,
este mozo es mucho cuento,
y da grandes esperanzas.

Vaca aquel dia un empleo
de los mas considerables,
crúzanse esquelas, empeños,
memoriales; pero todo
es en vano, y á que llego
con botas y espuelas, soi
el que el empleo me llevo.
Este es primer escalon.
Salgo mui breve al Imperio
sirviendo de secretario
de Embajada, luego vengo
de Francia de embajador,
vaca en breve el ministerio
de estado, y á toda prisa
me llama la córte: llego,
y cárame ya ministro
de estado, ni mas ni menos.
Tal es mi carrera; entonces
es cuando yo empezar debo
á favorecer á otros.

Vict. Señor, de V. E. espero
se acordará de su antiguo
criado.

Evar. Te lo prometo,
ya conoces mi caracter,
serás amigo sincero
del ministro, y su privado.

Vict. ¡Es posible!

Evar. Mas te advierto
que uses con moderacion
del favor que te concedo.
Victor, tú eres el canal
de mis favores, pero esto

no ha de ser para hacer daños,
sino para en todo tiempo
servir á la humanidad,
y dar al pobre consuelo.

Vict. ¡Oh señor esclentísimo!
yo desde luego prometo
no abusar de mi privanza,
y si acaso.....

ESCENA 9.^a

Dichos. Don Genaro.

Gen. Caballero,
ahora acabo de llegar:
disimule usted por esto
que antes no me haya ofrecido
á sus órdenes.

Evar. No tengo
nada que disimular,
usted solo es quien en esto
ha de perdonar: quisiera
no incomodar.

Gen. No por cierto,
usted sea bien venido
á esta mi casa; y yo espero
que en conociéndome á fondo...

Evar. Ya conozco á vm. y quiero
por eso mismo excusarle
de todos los cumplimientos
que en tales casos se usan.

Gen. ¡Cumplimientos? ¿Y á qué
efecto?

Si yo me hubiese perdido,
como usted en el terreno
inmediato á su morada,
me parece que lo mismo
me hubiera usted recibido
en su casa.

Evar. Sí por cierto
y con mucho gusto.

Gen. Y bien.

¿Por qué motivo ó suceso
se apartó usted del camino
real? Con esto veremos (ap.
cómo fiage.

Evar. Me encontré
con dos caminos diversos,

uno de los cuales iba,
según lo que yo comprendo,
á Zaragoza, y el otro
á un ameno bosque espeso,
y yo que precisamente
soí apasionado ciego
de la esperanza, escogí
este camino.

Gen. Bien hecho,
pues ese es para mi quinta
el camino mas derecho.
Vamos á ver otro embuste. (ap.
¿Y diga usted no sabremos
su nombre?

Evar. Don Evaristo
Ventoso.

Gen. Mucho me alegro,
pues, señor don Evaristo,
presentarle á la Clarita,
á mi hija.

Evar. Caballero,
perdone usted mi imprudencia:
¿no tiene usted en efecto
mas que una hija?

Gen. Una sola,
y esa una es el complemento
de mi familia, y yo la amo
únicamente.

Evar. Bien creo
que pagará á usted la niña
ese cariño tan tierno
con otro igual.

Gen. Sí señor,
y mas ella, que en efecto
es la joven mas sensible
y cariñosa: yo espero
que con el tiempo será
una buena esposa: en esto
no me toca hablar á mí,
pero á la verdad, no puedo
dejar de saber que Clara
tiene un mérito completo.

Evar. Así tendrá usted mas pena
cuando se llegue el momento
de que tome estado.

Gen. Entonces
procuraré que mi yerno
se establezca aquí conmigo,

pero si no logro esto,
habré de tener paciencia,
sacrificando mi afecto
á su fortuna: ademas,
si logra un esposo tierno
que la ame...

Evar. Si señor,
lo logrará, yo me atrevo
á responder del cariño
de su esposo.

Gen. Mucho es eso:
pero de cualquier manera
vamos á verla.

Evar. No puedo
presentarme á esa señora,
tan indecente y tan lleno
de polvo.

Gen. No importa nada.

Evar. Con licencia vuestra, quiero
quitarme al menos el polvo.

Gen. Ya que usted se empeña en ello,
haga lo que guste: voi
á enseñarle su aposento,
y en él y en toda la casa
disponga usted como dueño.

Evar. Vaya que usted desempeña
los deberes y derechos
del hospedage, mejor
que los ponderados pueblos
de Oriente.

Gen. Para mí son
unos deberes aquestos
mui fáciles de cumplir,
y con mucho gusto ofrezco
mi casa á los caminantes;
y me parece que en esto
no hago nada extraordinario;
ademas, que tal viagero
puede llegar, que algun dia
me recompense el esmero
con que traté á los demas.
En cuanto á usted, caballero,
yo deseára que en casa
se estableciese.

Evar. Veremos.

No he visto en toda mi vida
un hombre de mejor genio.

Gen. Seguramente que estoi
mui contento con mi yerno.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA 1.^a

Justina y Victor.

Vict. Mil veces vuelvo á admirarme
del trato tan alhagüeño
que encuentro aqui: diga usted
¿son todos los extranjeros
servidos del mismo modo?

Just. No señor, ni todos ellos
son tampoco tan amables
como usted.

Vict. Mucho agradezco
la fineza, que, en verdad
señorita, no merezco.

Just. Esa es modestia.

Vict. Qué diablo
de modestia, si en efecto
me han tratado de tal modo
que parece que de espreso

nos estaban esperando.

Just. Mucho mejor, yo me alegro.

Vict. ¿Y por qué querrá mi amo
que tan presto nos marchemos?

Just. Puede ser que se detenga,
porque hai tantos contratiempos
en el mundo, una nevada...
una lluvia...

Vict. Sí, buen genio
tiene él para detenerse
por esas cosas: no hai medio
de que le hagan estarse
dos dias en ningun pueblo;
mañana marcha, mañana,
y si usted lo duda, veo
que es porque no le conoce.

Just. Así será; pero creo
que es mui fácil conocerle,
él sin duda es un viagero.

Vict. ¿No mas que un viagero? Es

un gitano, un corre pueblos
tan loco por caminar
como lo soi yo en efecto
por seguirle; desde niño
hace que le estoi sirviendo,
y por él he abandonado
padres, parientes y deudos,
sacrificio á la verdad
mui penoso para un genio
como el mio, que ha nacido
para vivir en el centro
de su familia con paz,
con una muger.

Just. ¿Qué es eso,
está usted casado?

Vict. Aun no,
pero con ánsia deseo
estarlo pronto.

Just. Es mui justo:
no sale el susto del cuerpo (ap.
en un año: ni tampoco
es casado segun creo
su amo de usted.

Vict. No señora,
ni jamas á lo que pienso
se casará.

Just. ¿Y por qué no?
ya verá usted como en eso
paran sus viages.

Vict. Lo dudo:
su caracter...

Just. Hasta luego:
que viene aqui doña Clara.

Vict. Vaya, despues hablaremos,
y voi á ayudar á mi amo
en su tocador.

Just. Qué presto
se despache, y por si acaso
se vá mañana, á lo menos
que deje que hoi le veamos.

Vict. Quizás seria mas cuerdo
si evitase el que le viesen,
yo por mí mucho me temo
que ya he visto demasiado
á usted.

Just. Vaya, no es malejo.

ESCENA 2.^a

Clara y Justina.

Clar. ¿Con quién hablabas?

Just. Yo hablaba
con mi novio.

Clar. Ya te entiendo:
hablabas con el criado
de mi esposo.

Just. Si por cierto,
y juzgando por su traza
sin duda os gustará el dueño.

Clar. ¿Pero qué hace que no viene
á verme?

Just. Se está vistiendo,
peinando...

Clar. Todo es demas,
venga pronto, y piense menos
en componerse.

Just. Eso mismo
pudiera usted haber hecho
cuando vino.

Clar. Y dí Justina,
¿le has visto tú?

Just. Mucho.

Clar. Temo
preguntarte; pero en fin,
¿qué me dices de él?

Just. No puedo
formar un juicio cabal
en tan cortísimo tiempo;
pero lo que digo á usted
es que es franco, de buen cuerpo,
bellos modales.

Clar. ¿Qué anuncio
tan feliz! porque esperemos
que asi sea lo demas;
¿no digo bien?

Just. Yo lo espero
lo mismo: por vida mia
que puede el tal caballero
gustar á primera vista.

Clar. Segun eso mis proyectos
se verán realizados.

Just. Poquito á poco con eso,
pues to'avia no hai
sino un indicio ligero;

pero ya bien puede usted juzgarle, pues viene él mismo.

ESCENA 3.^a

Dichas. Don Evaristo ya sin bata.

Evar. Señora, á los pies de usted: seguramente que tengo que darme mil parabienes por mi desgracia, pues debo á ella el haberme traído por revueltas y rodeos á disfrutar del honor de ver á usted; con efecto, el perderse así es saber acertar como el mas diestro.

Clar. Bien sabe usted que á las veces es preciso que dejemos el camino regular para lograr el acierto.

Evar. Dice usted mui bien, y en mí el perderme no es mui nuevo, frecuentemente lo hago, pero siempre el gusto tengo de hallar cosas agradables.

Clar. Quizás hará usted de intento por perderse.

Evar. No señora, pero lo sufro contento si sucede: yo camino á la ventura, ni llevo mapas, ni de los caminos maldita la cosa entiendo. Cuando me coge la noche ó me pierdo en un sendero, no me da ningun cuidado, pues casi certeza tengo de ver tarde que temprano alguna luz á lo lejos que me guie, y si no es un palacio, es por lo menos una choza de pastores: ayer mismo, por ejemplo, me recibió en su cabaña un paisano á quien espero, entre paréntesis, darle antes de un año el consuelo

mas agradable, y ahora en este palacio escelso y gótico me reciben con aquel sincero afecto que el paisano en su cabaña, pero de un modo opulento y suntuoso, que me llena de admiracion.

Clar. Segun creo toda la pasion de usted es por viajar.

Evar. Es mui cierto, no hai cosa mas agradable que viajar sin punto cierto, y á su libre voluntad.

Clar. Pero después llega el tiempo de establecerse.

Evar. Asi es, y en caso de hacerlo, creo que no hallaré otro parage mas de mi gusto. En efecto, aqui todo es agradable. Entre esos bosques espesos que rodean el palacio reina aquel dulce silencio que aviva las facultades del alma, y si salgo de ellos, y contemplo la campiña, parece que está riendo la misma naturaleza entre flores y arroyuelos, y últimamente aqui hai un cariño tan sincero, una gracia... mas con todo no es posible, yo no puedo dejar de partir.

Clar. No ha una hora que llegó usted, ¿y tan presto trata de marchar?

Evar. No trato de hacerlo en este momento, pero mañana al romper el alba...

Clar. Mui bien: veremos. Mañana aun estará usted cansado; pero yo creo que si anda usted de esa suerte, siempre viajando y corriendo,

no se casará jamás.

Evar. Ya ve usted, no todo el tiempo está uno viajando.

Just. Se halla

alguna vez por ejemplo en el camino una dama que guste al pronto, y mui luego llega á agradar, y ya está esclavo el señor viagero.

Evar. Puede tal vez que ese sea el fin de mi historia; pero no me parece que soi para casado mui bueno.

Clar. ¿Por qué razon?

Evar. No quisiera encontrar con algun genio contrario al mio; me gusta hacer siempre lo que quiero, sin hallar oposicion, y el mas feliz himeneo no deja de ser, señora, una cadena.

Clar. Los hierros de esa cadena no pesan.

Evar. Sin embargo, yo prefiero á todo mi libertad.

Clar. Pero con el casamiento no la pierde usted.

Evar. Las damas son á la verdad objeto el mas dulce para un hombre; pero tambien es mui cierto que todas son mui amigas de que las contemplen, y esto no es de mi humor, ademas gustan de que uno esté hecho un postecito á su lado, que las mime en todo tiempo. Que sin cesar las prodigue cariños y rendimientos, y como no soi capaz de hacer un tamaño esfuerzo; he aqui como si me caso cada hora estaré incurriendo en mil faltas.

Clar. Y tambien cada hora en ese supuesto sabrá mil veces la esposa

perdonar á usted.

Evar. Y al menos una vez al mes por fuerza he de viajar.

Clar. Aun en eso sabrá ser ella indulgente, pues su deber mas severo es no oponerse á los gustos de su esposo, y si de eso está ya bien prevenida.....

Evar. ¡Oh! en cuanto á eso bien lo creo

que lo estará; sí señora, no me caso si primero no conozco yo á mi esposa á fondo, y ella lo mesmo me conoce á mí.

Just. Caramba, (ap. demasiado dice en esto.

Evar. Yo la diria, señora, usted puede de mi afecto estar segura, yo soi su amante mas verdadero..... asi la diria yo á mi novia.

Clar. Ya lo entiendo, prosiga usted con su arenga.

Evar. La desgracia que hai en esto es que yo nací formado para el amor, y no puedo dejar de querer á todas las que me gustan, y creo que me gustan cuantas miro. Quizas pasará por esto plaza de poco constante. Aunque el amor sea ciego, como dicen, me persuado que en los lazos de himeneo yo no he de tener mis ojos enredados, y asi espero que usted disimulará, que despues que nos casemos, mire á otras, y aun las quiera, pues á la verdad no encuentro dificultad en que un hombre pueda, sin causarla zelos á su esposa, preferirla á todas, y al mismo tiempo querer agradar á cuantas

hai en todo el universo.

Just. Tiene usted mucha razon, es mui natural todo eso, y usted tambien por su parte la dejará á lo que entiendo en la misma libertad, y sin molestar con zelos á su esposa, la verá como vá por los paseos seguida de sus amantes, ya conversando en secreto con éste, ya con aquel, al descuido sonriendo: y agradar, como usted dice, á todos, mas prefiriendo siempre á su esposo.

Evar. Ya es mucho sufrir. ...

Just. Yo tambien confieso que es sufrir mucho, mas hallo que segun el plan propuesto es preciso consentirlo.

Evar. Sin embargo, no me atrevo á sufrirlo: ese retrato es mui poco lisongero para un hombre.

Clar. Sosegáos: Justina tan solo ha hecho por divertirse el retrato de una dama de estos tiempos, pero no el de vuestra esposa.

Just. Vamos claros, caballero, ¿usted no será celoso?

Evar. Un poco tal vez.

Just. Pues eso no es posible: ó desistís de esa incostancia al momento, ó sufrid cuanto viniere, de otro modo yo no creo que hallará usted una dama que lo aguante.

Evar. Por lo mismo no me casaré: conozco que para amante soi bueno; pero no para casado.

Just. El lo confiesa á lo menos de buena fe.

Evar. Perdonad

mi franqueza.

Clar. Yo agradezco el saber como usted piensa; si bien es verdad que siento que seáis tan inconstante, mas me alegro de saberlo.

Evar. Hablemos ya de otra cosa: yo estoi todavia mui lejos de casarme, y es inútil tratar ahora de aquello que quizas no será nunca.

ESCENA 4.^a

Dichos y don Genaro.

Gen. No parece que mi yerno es corto de genio; y bien, ¿cómo está usted, caballero? ¿va usted descansando ya?

Evar. Sí señor, desde el momento que ví á esta señorita....

Gen. Que disimuleis espero que os haya dejado solo con ella.

Evar. Yo soi quien debo darle á usted por eso gracias: ¿quién será el hombre tan necio que no encuentre en doña Clara un prodigio de talento y de gracias?

Gen. Es favor que le hace usted, ello es cierto que procura cultivar el tal cual entendimiento que tiene con la lectura.

Clar. ¡ Ah! mucho mas me aprovecho de lo que oigo, pues tal vez una conversacion creo que nos instruye en un rato mejor que lo que leemos en muchos dias.

Gen. Sin duda te contó este caballero alguna gran aventura de sus viages, yo por eso me muero por conversar con todos estos viajeros;

es verdad que muchas veces
maldita la cosa creo
de cuanto dicen, pues siempre
allá unas cositas vieron
que parecen increíbles:
¿usted acaso es viajero?
tomando aquesta espresion
en toda su fuerza.

Evar. Pienso
que con corta diferencia
lo soi, sí señor.

Gen. No es lerdo. (ap.
Pues bien, cuéntenos usted
algun historion de aquellos
de marca mayor.

Evar. ¿Y á qué
lo he de contar cuando veo
que no lo ha de creer usted?

Gen. Soi mui incrédulo, es cierto,
pero á usted no he de tratarle
ahora como viajero,
y creeré cuanto me diga
de buena fe, lo prometo:
¿de dónde es usted?

Evar. Yo soi
andaluz.

Gen. Pues el acento no lo dice.

Evar. En tantos viages
se pierde mucho.

Gen. Es mui cierto.

Just. ¡Cómo miente! y asi dice
que es andaluz.

Clar. Con efecto
miente, mas con cierta gracia.

Gen. ¿Habrá usted visto mil pueblos,
no es verdad?

Evar. Usted se rie,
mas sin embargo, es bien cierto:
aqui donde usted me ve,
ya casi corrida tengo
toda la Europa.

Gen. ¡Caramba!
Apostaria algo bueno (ap.
que aquesta es la vez primera
que salió de Madrid. Bueno,
¿y cómo camina usted?

Gen. Camino segun los tiempos,
á caballo, en coche, en carro,

en borrico, segun tengo
necesidad, y aun á pie,
á lo filósofo, yendo
observando por los montes
la naturaleza.

Gen. Eso
lo creo mui bien, que usted es
observador.

Clar. Mui bien hecho,
cuanto mas nos acercamos
á registrar un objeto,
tanto mas difícil es
el dejar de conocerlo.

Gen. Pues señor observador,
en la mesa es donde espero
darme un hartazgo valiente
de noticias.

Evar. Ese puesto
es mejor para comer
que no para hablar: yo creo
que hasta que lleguen los postres
perdonareis mi silencio.

Gen. Sea como usted gustáre,
asi que asi nos veremos
otra vez.

Evar. ¡Oh, sí señor!
si yo no pensára en veros
otra vez, tendria pena
en que para el corto tiempo
de un solo dia, os hubiese
conocido.

Gen. Bien lo creo
que volverá usted á verme,
aunque no es camino recto
Zaragoza para ir
á Andalucia.

Evar. ¿Y qué es eso?
para mí no valen nada
treinta leguas de rodeo.
Yo volveré, sí señor;
pero permitid al menos
que añada una condicion
á este pacto.

Gen. Lo consiento
de buena gana; ¿y cuál es?

Evar. Ya ve usted que yo estar debo
agradecido, y quisiera
manifestarlo algun tiempo

en mi casa: diga usted,
¿puedo esperar en efecto
irá usted á ella?

Gen. El convite
es sin duda lisonjero,
y no puedo rehusarle.

Evar. No quisiera que indiscreto
me juzgase usted, señora,
si la dijera que espero
que acompañará á su padre.

Clar. Y con mucho gusto; creo
que no haré nunca otro viage
mas precioso.

Evar. ¡Qué contento
me dais con esa palabra!
Siempre en mi viage deseo
llevar una compañera
mucho mas que un compañero:
saldremos al ser de día
para disfrutar el fresco
de la mañana, irá usted
con un traje que al intento
se hará, bien sea de húsar
ó bien sea algun baquero
de montar: en aquel punto
por todas partes veremos
cómo la naturaleza
se sonríe: notaremos
cuanto se vea en el campo,
mostraremos con el dedo
los lejanos horizontes,
hablaremos, y reiremos
las ocurrencias del viage,
y en caso que nos cansemos
de ir á caballo, pie á tierra;
y al margen de un arroyuelo
que entre mimbres y entre flores
unas veces encubierto,
y otras risueño camina
alegre, nos sentaremos.
Por la noche es regular
que alguna quinta encontremos
donde poder descansar;
y de este modo corremos
las cuatro partes del mundo
casi sin pensarlo: luego
en nuestra casa á la lumbre
las largas noches de invierno,

17
con qué gusto á nuestros hijos
mil veces repetiremos
lo que tal día encontramos
en tal parage ó tal pueblo:
vaya que entonces parece
que está uno viendo de nuevo
todas las cosas que cuenta.

Gen. Yo por mí casi lo creo,
pues las vivas descripciones
de usted hacen que gozemos
de antemano los placeres
que en nuestros viages tendremos.

Evar. Y hablando de Andalucia,
todos saben tiene un cielo
mui hermoso.

Gen. Es bien sabido,
y usted tendrá desde luego
una buena posesion
en ese país.

Evar. No puedo
informaros de ese punto,
porque salí mui pequeño
de mi casa, solo si
una memoria conservo,
de que es un bello parage,
y ahora ya estará en efecto
mucho mejor.

Gen. Diga usted;
¿y la mar esta mui lejos?

Evar. Frente por frente á mi casa,
porque de eso bien me acuerdo.

Gen. Hará hermosa perspectiva.

Evar. Hasta que vayais á verlo
no os lo podeis figurar.

Just. ¿Y yo tambien segun eso
veré la mar?

Gen. Siempre tuve
valientes ganas yo de ello.

Evar. Pues señor, ese es un gusto
que en breve está satisfecho:
no solo vereis la costa,
sino que nos pasearemos
por alta mar.

Clar. Poco á poco
que hai sus peligros en eso.

Evar. ¡Qué peligros, señorita!
No puede usted tener miedo
al lado de quien la ama....

de su padre....

Gen. Caballero,
ya me parece que es hora
de que á cenar nos sentemos:
¿gusta usted?

Evar. Como usted mande.

Gen. ¿Vienes Clara?

Clar. En el momento
sigo á usted.

Gen. Vamos nosotros;
vayan fuera cumplimientos.

Evar. No he visto hombre mas
amable.

Gen. Graciosísimo es mi yerno.

ESCENA 5.^a

Clara y Justina.

Just. Y bien, señorita.

Clar. ¡Ai
Justina!

Just. ¿Agrada en efecto
el novio?

Clar. ¿Qué, no me entiendes?

Just. Alguna cosa os entiendo.

Clar. Mira aqui, pues, el esposo
tan esperado.

Just. Ya veo.

Clar. ¿Quién lo hubiera dicho!

Just. Yo,
que os predije desde luego
que segun el personage
que allá vuestro pensamiento
os fingia, era preciso
que el esposo verdadero
os pareciese mui mal:
en fin, señora, el primero
ha desbancado al segundo.

Clar. ¡Cuánta diferencia encuentro
entre los dos!

Just. Aun podria
ser mayor el chasco, puesto
que á la verdad vuestro novio
es un hombre amable.

Clar. Creo
que esa palabra en el dia
nada significa, un genio

despejado, y buena lábia
grangean el epitecto
de amable, y en tal sentido
don Pascual, como extranjero,
me agradaria infinito;
pero como esposo debo
mirarle, y tengo razon,
cuando en mi esposo deseo
encontrar mil requisitos
que en el don Pascual no encuentro.

Just. ¿Quién ha dado á usted motivo
para esa sentencia?

Clar. El mismo:

¿no has visto qué charlatan?

Just. Eso quizás lo habrá hecho
por fingir mejor.

Clar. No tal,

nunca se pueden los genios
encubrir tanto, que al fin
no se descubran: yo en esto
le juzgo por sus discursos
todos vanos, inconexos,
frívolos, é inconsecuentes
como él, ya nos hizo él mismo
su retrato en dos palabras;
para galan, hechicero,
y para esposo insufrible.

Just. Le juzgamos de ligero
me parece, y por lo mismo
quizás nos engañaremos:
aguarde usted á que vuelva
á verla otra vez, y luego
podrá hablar de su caracter
con mayores fundamentos.
Pero aquí viene Francisco,
voi corriendo: ¿qué hai de nuevo,
Francisco?

ESCENA 6.^a

Dichas y Francisco.

Franc. Ni los demonios
que lo adivinen: tenemos
en casa otro peregrino
que pide posada.

Just. Pero....

Franc. No hai pero, este desdichado

perdió el camino de cierto.

Clar. ¿Y no has podido indagar
quién podrá ser?

Franc. El sugeto
es mui lacónico, y no habla
mas que lo preciso.

Just. Bueno.

Clar. ¿Y se lo has dicho á mi padre?

Franc. Tan solo venia á eso,
mientras por allá le enseñan
á dónde ha de ir.

Clar. Pues yo quiero
que espere aqui mientras yo
aviso á padre: no tengo
ahora gana de visitas.

ESCENA 7.^a

Justina y Francisco.

Just. Gran cosecha de viajeros
hai esta noche, y ninguno
por fortuna nuestra es viejo.

Franc. Mejor, asi no serán
impertinentes.

Just. Deseo
ver al nuevo: ¿cuándo viene?

Franc. Curiosa eres en extremo.

Just. Ya sale, no es mui malote,
pero mejor es el nuestro.

Franc. Tan bueno es uno como otro.

Just. Aunque asi sea, zopenco,
no ves que el otro es el novio:
á Dios, á Dios, hasta luego.

ESCENA 8.^a

*Francisco y don Pascual con
el criado, que se va.*

Franc. Sírvasse usted esperar
un instante, caballero.

Pasc. Con mucho gusto: presumo,
si no me engaña su aspecto,
que usted será un buen criado.

Franc. No tengo mérito en serlo,
y mucho mas con un amo
como el mio; le venero

como á padre, pues estoi
en casa desde pequeño.

Pasc. ¿Tiene familia?

Franc. Una hija.

Pasc. ¿Amable?

Franc. Y bella en extremo,
segun que todos lo dicen,
pues ya ve usted, caballero,
que un pobre criado, solo
puede hablar de los efectos
de su bondad: lo peor
es que ya la perderemos
mui pronto.

Pasc. ¿Pues qué se casa?

Franc. Sí señor.

Pasc. ¿Y no sabremos
qué tal es el novio?

Franc. Mi amo
nos dice que es un sugeto
mui recomendable, aunque es
algo estrafalario.

Pasc. Quedo,
¿qué entiende su amo de usted
por estrafalario?

Franc. Aquello
que todos llaman ser hombre
singular.

Pasc. ¿Y con efecto
le quiere la señorita?

Franc. Ya ve usted, yo no penetro
los secretos de mi ama;
pero segun lo que entiendo,
una niña bien criada,
quiere siempre á aquel sugeto
á quien la manda su padre
que quiera; pero yo tengo
que hacer: con vuestra licencia.

ESCENA 9.^a

Don Pascual.

Pasc. Bien puedo estar satisfecho
de las primeras noticias
que tengo de Clara, puesto
que me las dan los criados,
y que pocas veces ellos
hacen favor á sus amos

en sus informes; no quiero descubrirme, pues ninguno sospecha de mi secreto: y supuesto que he venido á conocer á mi suegro y á mi esposa antes que llegue el punto del himeneo, en el cual son los engaños irremediables, veremos si esta boda me conviene, y si así fuese en efecto me descubro, mas si no al punto á casa me vuelvo contentísimo de haber evitado un casamiento que me haría desgraciado.

ESCENA 10.^a

Evaristo y Pascual.

Evar. A dónde está ese viagero, que estoy rabiando por verle; pero este es: mucho celebro, amigo, vuestra venida, y por eso en el momento he salido á recibirlos.

Pasc. Usted sin duda es el dueño de casa.

Evar. Yo no señor: el amo ha salido.

Pasc. Creo que será usted hijo suyo.

Evar. Ni su pariente.

Pasc. A lo menos sereis un amigo antiguo de la casa.

Evar. Ni aun soi eso: en fin, soi un caminante que acaso perdió el sendero que llevaba, y llegó aquí, donde hallo un acogimiento tan bueno como el que usted hallará, y por eso vengo á darle la enhorabuena.

Pasc. Pero señor....

Evar. Yo me ofrezco á presentaros.

Pasc. ¿Qué causa tendrán tan finos afectos, y tan repentinos?

Evar. Vaya que hemos caído á lo menos en buenas manos.

Pasc. Mui bien, pero....

Evar. ¡Cuánto lo celebro! Si viera usted qué patron; vaya que es un caballero amabilísimo, alegre, gran corazón; al momento que usted le vea, por fuerza le querrá.

Pasc. Pero yo creo que para dar hospedage basta solo un forastero cada noche; pero dos....

Evar. Aunque fuéramos doscientos: en fin, usted no conoce á don Genaro.

Pasc. Por eso le conoce usted mejor.

Evar. Pues la misma causa tengo que usted para conocerle, pues ahora he llegado, y puesto que ha sido igual nuestra suerte, igual consuelo tendremos.

Pasc. Puede que no sea yo tan bien recibido.

Evar. Eso yo lo fio: apenas lleguen á ver á usted, cuando luego le obsequiarán á porfía.

Pasc. Con todo, nunca me entrego á tan bellas esperanzas.

Evar. Yo por todos me ofrezco. Verá usted una muchacha, una muchacha de aquello que se llama gran bocado: hablo por su hija.

Pasc. Ya entiendo.

Evar. Es gran dama, y su hermosura es en ella lo de menos, pues tiene una gracia, un garbo, un no sé qué, que me ha vuelto loco, loco.

Pasc. Se conoce
que lo está usted.

Evar. Yo no entiendo
cómo ha sido : escuche usted.
Supóngase usted que llego
estropeado del camino,
que á la niña me presento,
que en el instante me gusta,
y que luego va creciendo
por grados esta pasión,
porque ella va descubriendo
muchas gracias poco á poco:
yo entonces ya no soi dueño
de contenerme , hago alarde
de todo mi entendimiento,
y de toda mi alegría:
ya ve usted , cuando sabemos
que agradamos , todos somos
mas francos y mas discretos:
por último , amigo mio,
ó me engaño mucho , ó veo
que ella no rehusará
mi corazón.

Pasc. Yo lo creo:
¿ es esta la vez primera
que usted la ha visto?

Evar. Por cierto
que sí.

Pasc. Sin duda ninguna
aqui hai oculto misterio:
¿ y piensa usted proseguir
con la empresa?

Evar. Por lo menos
quisiera poderlo hacer;
pero no , precision tengo
de salir de aqui mañana.

Pasc. ¿ Mañana mismo?

Evar. No puedo
escusarlo , que á Madrid
me llama un asunto serio,
que es imposible dejar.

Pasc. La obligacion es primero
que el amor.

Evar. ¿ Tambien usted
va á Madrid?

Pasc. Disimulemos.

Sí señor , á Madrid voi.

Evar. Pues bien,

á un tiempo saldremos.

Pasc. Con mucho gusto.

Evar. ¿ Qué viage
tan precioso llevaremos
hablando de doña Clara
todo el camino! En efecto,
Clara se llama la niña
de casa.

Pasc. Yo lo celebro;
bueno es que me enseñe el nombre
de mi esposa.

Evar. Yo no pienso
sino en la casualidad
que con los nudos estrechos
de la amistad va á enlazarnos:
usted quizá , caballero,
dirá que soi demasiado
familiar , mas los viajeros
no pueden ser de otro modo,
y aunque casi está naciendo
nuestra amistad , yo aseguro
que durará.....

Pasc. Qué sabemos....

Evar. Y será tan firme , tanto,
que ni podrá el amor mismo
dividirnos.

Pasc. ¿ Piensa usted
de ese modo?

Evar. Sí por cierto,
pues aun en la suposicion
de que los dos nos prendemos
de una dama , en este caso
á su arbitrio dejaremos
la eleccion : el preferido
se casa con ella , y luego
baja el otro sus orejas
y se va , sin ofendernos
por tan poca cosa.

Pasc. Ya,
pero ese será un esfuerzo
mui costoso.

Evar. La amistad
puede mas que todo , pero
es bien fácil evitar
este apuro : buscaremos
una casa donde haya
dos hermanas , las querremos
cada uno á la suya , así

será un manantial perpetuo
de aventuras este enlace
de amores.

Pasc. ¿Y si yo llego
á querer á una señora
que no tenga hermana, y luego
viniese usted?

Evar. Son temores
infundados.

Pasc. Suponiendo
que sucede, ¿qué hará usted
entonces?

Evar. Ya lo veremos;
pero quede convencido
que aquel que llegue primero
se quedará.

Pasc. Mas si acaso....

Evar. Si acabareis de entenderlos
vaya, supóngase usted
que á doña Clara queremos
los dos ahora mismo: bien,
pues usted de mis secretos
será el solo confidente,
y yo en otra parte luego

os haré otro igual servicio,
como es justo.

ESCENA 11.^a

Dichos y Francisco.

Franc. Caballero,
mi amo llama.

Evar. ¿A qué, á comer?

Fran. Sí señor.

Evar. Vamos corriendo,
yo he de presentar á usted
en la mesa.

Pasc. Lo agradezco.

Evar. Esta sí que es aventura
bien felice, pues encuentro
posada, dama, y amigo
en el punto que me pierdo.

Pasc. Como una estatua me hallo
en tal laberinto: creo
que he llegado aquí ya tarde,
mas con todo observaremos.

ACTO TERCERO.

ESCENA 1.^a

Pascual solo.

Pasc. No pude en toda la noche
dormir siquiera un momento.
¡Válgame Dios! Si amaré
este jóven forastero
á doña Clara, esto es
mui posible, que en efecto
no se la puede mirar
sin amarla; ¡aquel talento,
aquella gracia! Mui poco
faltó para que el secreto
revelase anoche mismo,
y sin duda lo hubiera hecho
á no ser por recelar
que ella tenga su amor puesto
en don Evaristo: ¡oh Dios!
Pues ella viene, veremos
si podremos descubrir
su inclinacion.

ESCENA 2.^a

Dicho y Clara.

Clar. Caballero,
me dicen que ha estado usted
ya en el jardin.

Pasc. El deseo
de ver tan bellos parages,
me hizo interrumpir el sueño
bien temprano: son sin duda
hermosos campos aquestos.

Clar. Ya ve usted, cosas del campo,
sin mas adorno.

Pasc. Por eso
es por lo que mas me agradan,
que las quintas aborrezco,
donde del arte es esclava
la naturaleza.

Clar. Pienso
del mismo modo que usted.

A mí el campo y el silencio
me deleitan, y así vivo
contenta aquí, pues no vemos
á nadie.

Pasc. Mas sin embargo,
no es tan solitario aquesto,
pues que se encuentran ustedes
con dos huéspedes á un tiempo.

Clar. Pero ambos sin esperarlos.

Pasc. ¿Pues cómo? ¿Ese caballero,
que se ha hecho tan mi amigo,
es no mas un forastero
desconocido?

Clar. No mas:
anoche vino lo mismo
que usted, por haber perdido
el camino.

Pasc. Es un sugeto
mui amable.

Clar. Sí señor,
su presencia está en efecto
abogando en su favor.

Pasc. Mas sin embargo, yo encuentro
en él ya mucha llaneza
en tan poco tiempo.

Clar. Hablemos
de los placeres del campo,
de estos placeres sinceros
que por lo comun se miran
en el mundo con desprecio.
Yo los disfruto gustosa,
y así vivo en un desierto
que á otro seria insufrible,
y á mí me es mui grato.

Pasc. Eso
será por la compañía
de un padre como es el vuestro
tan cariñoso y amable.

Clar. Yo le pago los desvelos
con que me cuidó en la infancia.

Pasc. ¿Y ese jóven forastero
se detendrá con ustedes
todavía mucho tiempo?

Clar. Yo no sé, porque aquí viene.

Pasc. Es así, y siempre riendo.

Clar. Es su caracter. ¡Ai Dios!

Pasc. Ella se conmueve al verlo.

ESCENA 3.^a

Dichos y Evaristo.

Evar. No trato de interrumpir,
ni quiero ser indiscreto.

Pasc. Bien sabe usted que no lo es.

Evar. Me dejé llevar del sueño,
y bien caro me ha costado,
pues usted me ganó el puesto.

Pasc. Mas caro me cuesta á mí (*ap.*
que ayer llegases primero.

Evar. ¿Vaya, tenia razon
en lo que os dije? ¿en efecto,
tiene algo de exagerado
mi retrato?

Pasc. No por cierto,
todo al contrario.

Clar. Señores,
si ustedes siguen con eso
me retiraré.

Pasc. Señora
ya nos impone silencio
esa terrible amenaza.

Evar. De conversacion mudemos,
y voi á contar á ustedes
el graciosísimo sueño
que yo he tenido esta noche.
Dice un antiguo proverbio,
soñaba el ciego que via;
y no estrañareis por esto
que yo con usted señora....
con efecto, estaba viendo
á usted en todas las partes,
en el bosque, en mi aposento
en el jardin, en el campo
y en todas partes lo mismo,
la veia cual usted es,
tan hermosa... yo con esto
estaba como encantado,
cuando de repente siento
que un gran humo me sofoca,
abro los ojos, y veo
á lo lejos resplandor,
pongo mas cuidado, y presto
descubro claro las llamas
de un voracísimo incendio

en que todo se abrasaba.
Salto de la cama inquieto,
recorro toda la casa,
que sepultada en silencio
ninguno daba señal
de haber conocido el riesgo;
en este apuro el instinto
me condujo al aposento
de usted por casualidad.

Pasc. Feliz instinto por cierto.

Evar. Todo el cuarto de Justina
era pábulo del fuego,
y ya las llamas llegaban
á los pies de vuestro lecho.

Clar. ¡Ai Dios mio!

Evar. En este lance
no es cosa de ir con rodeos
ni reparillos: á golpes
echo la puerta en el suelo,
y me encuentro á usted vestida;
perdonad mi atrevimiento,
pues en mis brazos la cojo,
y á retirarla me esfuerzo
al corredor, pero entonces
no habia tiempo para ello,
pues las llamas le ocupaban.

Pasc. ¿Qué hizo usted en tal aprieto?

Evar. Con la punta de mi capa
la cubrí el rostro corriendo,
dejando indefenso el mio,
pues poco arriesgaba creo
en chamuscarme las barbas;
y así por medio del fuego
la saqué á usted hasta el patio;
pero iba usted por supuesto
desmayada; en el instante
llegó allí este caballero
con vuestro padre en los brazos,
pues para salvar del riesgo
á esta familia preciosa
nos convenimos primero
en cargar yo con la hija,
y usted con el padre.

Pasc. Bueno,
aun en sueños sabe usted
elegir mui bien.

Evar. Yo acierto
aun soñando.

Pasc. Sí, su carga
era preciosa en extremo
aunque no era tan pesada.

Evar. Pues mire usted, aun con eso
llegué jadeando.

Clar. En un lance
semejante (el que yo espero
en Dios que nunca será)
tendria mayor derecho
á toda mi estimacion
el que salvase del riesgo
á mi padre.

Evar. Yo tambien
hubiera podido hacerlo,
pero le tocó por suerte
llevarle á este caballero.
En fin, juntos en el patio,
usted ya volvió en su acuerdo,
y yo desperté mui triste
en ver que todo era sueño.

Clar. ¿Pues querria usted que fuese
realidad?

Evar. Porque mi afecto
conociese usted entonces.

Clar. Muchas gracias, pero creo
que es mejor que de ese modo
nunca llegue á conocerlo.

ESCENA 4.^a

Dichos y Don Genaro.

Gen. Hola, señores, parece
que mui amigos se han hecho
ustedes. Sí, ya se ve
los caminantes mui luego
hacen amistad.

Evar. Lo mismo
es lo que estaba diciendo.

Pasc. ¡Y sobre todo hai algunos
que agradan tan pronto!

Gen. Es cierto,
ya lo dije yo al instante
que eran todos nuestros genios
mui conformes.

Evar. ¡Oh señor!

Gen. Hai entre algunos sugetos
tan felices simpatías,

¿no es así, Clara?

Clar. Lo mismo digo yo, y casi lo estoi experimentando.

Gen. Bueno, esa franqueza me encanta.

Pasc. Hago un papel estupendo en esta casa: ¡oh dolor!

Gen. Yo creo que ustedes no vieron todavía mi haciendita.

Pasc. Sí señor, ya dí un paseo esta mañana por ella.

Gen. Pero antes que tomemos el chocolate, es preciso que os enseñe mis gilgueros y mis canarios moñudos: ¡oh! tan bonitos los tengo, que estoi loco.

Evar. Sí señor, gustará este caballero de admirar su pajarera.

Gen. ¿La ha visto usted?

Evar. Sí, ahora mismo salgo de ella.

Gen. Grandemente, sin duda que á lo que entiendo quiere á su futura esposa hablar un rato en secreto; pues si usted la ha visto ya, no se moleste de nuevo, y quédese, que nosotros vamos á verla, y volvemos.

Clar. Puede que la vuelva á ver con gusto este caballero.

Evar. ¡Oh! no señora, la he visto mui despacio.

Clar. Pero al menos os gustará pasear un rato.

Evar. Ya me paseo lo bastante.

Gen. Sí señor, quédese usted: vamos luego nosotros.

Evar. Verlo despacio, supuesto que hai mucho tiempo, enterarse bien de todo.

Pasc. Podríamos suspenderlo

hasta otra vez.

Gen. No señor, no puede haber mejor tiempo: vamos, venga usted, verá cosas mui buenas.

Pasc. Para eso no era menester salir de esta sala: no por cierto.

ESCENA 5.^a

Clara, y don Evaristo.

Evar. A la verdad yo no he visto la pajarera; pero eso no me interesa.

Clar. ¿Y por qué ha mentido usted?

Evar. Eso es bueno, me quedan pocos instantes para estar al lado vuestro, y para hablaros, y ahora podría irme á perderlos con los moños de los pájaros.

Clar. Pero muestra usted en eso que está mui acostumbrado á fingir.

Evar. Perdon espero esta vez, porque será la última.

Clar. Con efecto parece que á usted le gusta el pasearse, y por eso le instaba.

Evar. Sí que me gusta, y mucho; pero el paseo es un placer mui trivial, comparado á aquel que tengo con vuestra conversacion: quiere usted que la trabemos otra vez, no como ayer, pues aquella yo deseo se os borre de la memoria, cual se borra un pronto sueño apenas uno despierta.

Desde ayer acá me encuentro mui distinto del que fui.

Clar. ¡Y tan pronto! No lo creo.

Evar. ¡Ah! muchas veces, señora,
se hacen en solo un momento
grandes cosas, y una chica
suele causar un incendio.
Ayer era, señorita,
un bullicioso viagero,
que iba de aquí para allí,
inconstante y pasagero;
pero esta mañana....

Clar. Y bien
¿qué os sucedió?

Evar. Un hombre nuevo
soi ya desde esta mañana,
á decirlo no me atrevo;
pero usted bien lo podía
adivinar.

Clar. Yo no tengo
esa gracia.

Evar. Sin embargo,
es tan facil el secreto
descubrir...

Clar. En ese caso
no soi quien debe saberlo
la primera: si usted quiere
descubrirle podrá hacerlo
á quien debe, y hasta entonces
tan solo ignorarlo puedo.

ESCENA 6.^a

Don Evaristo.

Evar. Presumo no la disgusta
mi declaracion, al menos
no se ha enojado por ella,
ademas de que si advierto
cuál se puso colorada,
cuál la palpitaba el pecho,
y cuánta inquietud tenia,
veré que ambos en efecto
fuimos heridos de un golpe.
¡Qué agradable y lisongero
es el tiempo que me aguarda!
lo malo es que el himeneo
me va á cortar la carrera,
pues si segun los sucesos
que me han pasado, deduzco
cuál serán los venideros;

sin duda que la fortuna
me prepara un alto puesto.
Yo puedo hacerme famoso
en todo el orbe, yo puedo
servir al Rei, al estado,
conquistar el universo,
ó darle una paz perpetua,
y despues por mis empleos
verme obligado á viajar
por el mar, porque en efecto
los viages por agua abundan
de estrañísimos sucesos.
No hai libro que no lo diga,
precisamente me acuerdo
de haber leído no sé dónde,
que una nave allá mui lejos
nafragó sin mas recurso:
iba en ella un extranjero,
hombre de oscuro linage,
y con once compañeros
tuvo la felicidad
de salir á nado á un puerto,
espantoso en la apariencia,
pero que le fue mui luego
agradable, pues se hizo
el gefe de todos ellos,
se estableció allí: despues

ESCENA 7.^a

Dicho y Victor.

Le nombraron Rei, y luego
se halló él solo poseedor
de un nuevo mundo, todo esto
me puede á mí suceder.
Cuando yo sea en efecto
Monarca, levantaré
una ciudad de pequeño
recinto, que aun no será
mui numeroso mi pueblo,
mis vasallos serán pocos;
pero aguerridos y buenos:
nombraré ministro mio
al hombre mas sábio y recto
que encuentre, y de aqueste modo
oiré con gusto los ecos
de mis vasallos, que juntos

bendecirán mi gobierno,
 En tal caso solo falta
 casarme, pues debo hacerlo
 para bien de mis vasallos,
 y para darme á mí mismo
 una dulce compañía
 de mi suerte: solo temo
 el hacer mala eleccion,
 pero á bien que escoger puedo
 entre todas las princesas
 que hai en todo el universo.
 Ya se ve, todas querrán
 enlazarse en himeneo
 con un Rei tan poderoso
 en armas, gente y dinero;
 lo malo es que las naciones
 vecinas á aquel mi reino
 intrigan para lograr
 la preferencia, ya veo
 que llegan embajadores,
 y yo negarles no puedo
 la entrada.

Vict. Señor.

Evar. Decid.

Vict. Está el desayuno puesto
 en la sala, y solo aguardan
 á vuestra Magestad.

Evar. Pero...

¿eres tú Victor? ¿por qué
 me despiertas?

Vict. Yo soi reo

de estado, pues á un Monarca
 he destronado ahora mesmo;
 pero señor, ¿quién demonios
 sugiere á usted esos cuentos?
 ¿Quién piensa en reinar?

Evar. Amigo,

bien soñando, ó bien despierto,
 todos hacemos castillos
 en el aire, el jornalero
 cabando en el campo, piensa
 en ser señor de su pueblo,
 el viejo lleno de canas
 piensa que ha encantado el pecho
 de una jóven de quince años,
 y su sobrino, ó su nieto
 salta entonces de alegría,
 pensando ser heredero

de aquel anciano insensato,
 y tal vez muere primero:
 se figura el estudiante
 que es obispo: el marinero
 piensa mandar una escuadra;
 y el recluta mas zopenco
 ya sueña en ser general:
 en fin, cada cual tenemos
 nuestro caudal de esperanza.

Vict. Mala moneda en efecto
 será la de ese caudal,
 pues generalmente vemos
 que esas son cuentas galanas.

Evar. Norabuena, pero al menos
 ya fueron todos felices
 mientras que soñaron serlo.

Victor, cuán bueno es soñar,
 pues nos da lo que queremos;
 esta es una dulce tregua
 de los males verdaderos
 que afligen la humanidad,
 cuyo imponderable peso
 acabára nuestra vida
 á no ser por el consuelo
 de esta agradable ilusion
 que causa el soñar despiertos,
 dulce error, tú das al hombre
 los bienes y los empleos
 que la esperanza tan solo
 promete, sin que en efecto
 los dé jamas. Sí, tú eres
 superior al dulce sueño,
 pues este solo suspende
 las penas un corto tiempo,
 pero el que despierto sueña,
 goza bienes verdaderos.
 Asi me sucede á mí
 cuando deliro, me creo
 dichoso y casi lo soi,
 pues todos los hombres pienso
 que tan solo son felices
 el rato que piensan serlo.

Vict. Cualquiera que escuche á usted
 dirá que tiene en efecto
 razon; pero en todo caso
 mas vale que en el momento
 vaya á tomar chocolate,
 que este es un asunto serio,

donde no hai sueño que valga.
 Cuando falta el alimento
 y está la tripa vacia,
 no le llenarán los sueños
 mas glotonos.

Evar. Dices bien,
 voi á seguir tu consejo.

ESCENA 8.^a

Victor.

Vict. El es loco rematado,
 pues que piensa nada menos
 que en ser Rei: hai ciertas cosas
 que ni se sufren en sueños;
 pero otras por el contrario
 son razonables: yo espero
 con justa razon tomar
 en este inmediato pueblo
 una cédula que tiene
 treinta mil reales de terno,
 no digo yo que me salga
 por fuerza; pero á lo menos
 es posible que suceda,
 y casi, casi el lotero
 adivinó mi fortuna,
 pues que me dijo riendo
 vaya usted, amigo mio,
 que son tres números estos
 que nunca faltan, y aun otros
 que alli estaban, añadieron,
 la suerte ya es decidida.
 Si me sale nada tengo
 que envidiar á mi amo: entonces
 me hago marques lo primero;
 pero no, mejor será
 emplear este dinero

en comprar un buen cortijo
 en Andalucia, esto
 no es soñar majaderias,
 pues que tengo el fundamento
 en mi cédula preciosa;
 voi á mirarla de nuevo;
 pero hai Dios.... dónde estará,
 de cuándo acá se me ha vuelto
 invisible.... si la habré
 perdido.... me desespero,
 maldita sea mi suerte:
 como una torre de viento
 se deshizo mi fortuna.

ESCENA 9.^a

Victor y Justina.

Just. ¿A qué son esos extremos?
 ¿qué busca usted?

Vict. Mi cortijo.

Just. ¿Su qué?

Vict. Señorita, ruego
 á usted por todos los santos
 que me ayude; presto, presto
 á buscar mis fondos.

Just. Nada
 de lo que me dice entiendo;
 esplíquese usted.

Vict. No es fácil,
 ni ya buscarlos podemos,
 pues vienen aqui los amos:
 vámonos, pero sabiendo
 que pierde usted igualmente
 otro tanto como pierdo,
 y que estamos arruinados:
 ¡ai cortijo! ¡ai dulce sueño!

ACTO CUARTO.

ESCENA 1.^a

Genaro y Evaristo.

Evar. Aqui podemos hablar
 con el debido secreto,
 y así quiero descubriros

enteramente mi pecho,
 pues hacerlo necesito.

Gen. ¿Pero á qué es ese misterio?

Evar. ¡Si usted pudiera leer
 á mi corazon!

Gen. Ya veo
 que quereis decirme algo.

ESCENA 2.^a*Evaristo solo.*

Grandemente se ha compuesto:
 llego, amo, gusto, y me caso.
 ¡Oh venturoso proyecto!
 ¿Quién ayer me lo diría?
 Cuando el camino perdiendo
 llegué aquí pidiendo auxilio;
 cosas del mundo; y hoy veo
 que voy á ser de esta casa
 árbitro, señor, y dueño.
 El palacio no es muy malo,
 pero es por el gusto añejo:
 le renovaré, también
 haré muy pronto un arreglo
 en la familia: es muy grande,
 y yo holgazanes no quiero.
 Estos terribles salones
 me apestan; nuestros abuelos
 eran una buena gente,
 pero de un gusto perverso
 en esto de distribuir
 con algun fruto el terreno.
 De esta sala haré yo diez,
 y muy cómodas; pasemos
 al jardín; allí es en donde
 me pinto solo para ello.
 Fuera todos los plantíos
 tristes y opacos, yo quiero
 hacer un jardín alegre,
 un paraíso.... en efecto,
 tengo lo menos cuarenta
 dibujados aquí dentro:
 ordenaré varias calles
 que todas vayan á un centro
 sombrío, oscuro, que nada
 se vea en él; y allí dentro
 se queda uno como absorto,
 y al último ve.... no acierto
 qué cosa haré que se vea:
 una estatua, un templo griego,
 una imagen del caballo
 troyano.... no, nada de esto:
 fuera tanta ostentación.
 Allí dentro dispondremos
 una sencilla glorieta

Evar. Harto ha sido mi silencio.*Gen.* Así es verdad, me teneis
 decidido á favor vuestro,
 y agradeceré además
 la confianza.*Evar.* Supuesto
 que lo permitís, diré
 que ha triunfado de mi pecho
 doña Clara.*Gen.* Lindamente.*Evar.* Ella es amable, yo tierno
 por naturaleza, en fin,
 la adoro, y si el himeneo
 me hace dueño de su mano,
 desde luego me prometo
 una ventura completa:
 quizás hallareis en esto
 cierta precipitación;
 pero ya se llegó el tiempo
 de que me dé á conocer
 sin andar con mas rodeos.
 Yo soy....*Gen.* Bien, basta.*Evar.* Me llamo....*Gen.* Si vuestro nombre sabemos
 desde el principio.*Evar.* Mi tío....*Gen.* Las menudencias dejemos.
 Señor, yo conozco al tío
 y á los parientes y deudos
 de toda vuestra familia,
 con que adelante: en efecto,
 ¿le gusta á usted Clara?*Evar.* Mucho.*Gen.* ¿Y os corresponde?*Evar.* Lo creo
 así.*Gen.* Yo digo lo mismo.

Voy hablarla en el momento,
 y muy pronto me parece
 que nos pondremos de acuerdo,
 porque el señor de Ventoso
 me acomoda para yerno. *(vase)*

Evar. Y á mí para suegro usted.

sin lujo, con el objeto
de que la naturaleza
brille su atractivo bello;
al rededor habrá rosas,
claveles, vasos chinescos,
de mil aromas; ninguno
hallará el feliz terreno
de esta glorieta á no ser
yo, mi muger, y mi suegro.
Allí dormiré tranquilo,
ó bien me estaré leyendo
recostado entre las rosas
las odas que compusieron
los bucólicos mejores
que trataron del recreo
de los campos; mi lectura
se interrumpirá mui presto
con la venida de Clara,
que sorprenderme queriendo,
abrió la puerta quedito,
y deteniendo el aliento
va á chasquearme... pero si...
yo desde luego la siento,
y la salgo á recibir
con los brazos. ¡Qué contento!
Si es dulce la soledad
por sí misma, el embeleso
crece mas cuando allí está
quien merece nuestro afecto.
Pero doña Clara viene.

ESCENA 3.^a

Dicho, Clara, Justina y Pascual.

Señorita, quiso el cielo
colmar de una vez mis votos:
ya mi amor he descubierto
á don Genaro.

Clar. Lo sé.

Evar. Ya crecia por momentos
mi impaciencia, y ademas
tenia el permiso vuestro
para decírselo á padre.

Just. Y usted, que no es nada lerdo,
no quiere que le repita
dos veces la cosa.

Evar. ¡Pero,

qué boda, qué union!
ya me parece que veo
todos los preparativos
que se han de hacer, ya los tengo
formados en mi cabeza.
Un desórden hechicero
hará mas grata la fiesta.
La comida dispondremos
que sea campestre y alegre.
Niños, mugeres y viejos
cantarán y bailarán
resonando con sus ecos
todo el valle, por la noche
comedia, baile, concierto,
funcion de pólvora, en fin,
será lo mas estupendo
que darse pueda.

Just. ¡Qué bello
estará! Por Dios, señora,
apresurad el festejo.

Cásese usted cuanto antes.

Clar. Ese plan está propuesto
con mucha anticipacion,
mas á lo que yo comprendo
no estamos en ese caso.

Evar. Tampoco estamos mui lejos:
ademas quiero que usted
como amigo verdadero
presencie tan dulce boda.

Pasc. La fineza os agradezco.

Clar. Me voi con vuestra licencia.
Obedeceré; no puedo
decir mas.

Evar. Ni es menester.

Harto dice usted con eso.

ESCENA 4.^a

Evaristo y Pascual.

Ya lo ve usted, amiguito,
me parece que no puedo
hacer mas.

Pasc. Asi es verdad,
pero sin embargo, advierto
cierta precipitacion.

Evar. Asi, asi, pero en efecto,
cuidado que yo os convido
á la boda.

Pasc. Lo agradezco,
pero tengo que marchar
al instante.

Evar. ¿Cómo es eso?

Pues yo con usted contaba.

Pasc. Gracias.

Evar. Vaya, no cansemos,
hágame usted el favor
de aguardarse.

Pasc. No, no puedo.

Evar. Pero déme usted siquiera
la enhorabuena.

Pasc. Ya veo

que es usted muy venturoso.

Pero si por un suceso

inesperado estuviere

prometida á otro sugeto

doña Clara, ¿qué haría usted
en este caso?

Evar. ¡Qué necios

escrúpulos tiene usted!

Como soi que mucho en eso

me alegraría. ¡Qué gusto

fuera que yo, pasajero,

y sin recomendacion,

derribase por el suelo

á algun ribal en el dia

que él se lo pensáre menos.

Pasc. ¿Y si viniese el ribal?

Evar. Celebrára conocerlo
sin duda alguna.

Pasc. Y si acaso...

Evar. Vaya, que todo lo entiendo;
yo precisamente soi

el espadachin mas diestro

que hai en toda Europa, y soi

generoso con extremo:

perdonaria la vida

á mi ribal.

Pasc. Mucho es eso.

¿Y si él le mataba á usted?

Evar. Paciencia. Si el hado adverso

me preparáse esa suerte,

me queda el grato consuelo

de que Clara lloraria

sobre mi cadaver: creo

que no hai dicha semejante

como que unos ojos bellos

derramen sus tristes perlas
sobre mis párpados yertos.

Esto es en caso que todo

fuese mal, y suponiendo

que no me mata, será

que me hiere mas ó menos:

entonces no solamente

el no quejarme prometo,

sino tambien alegrarme:

llego con pasos muy lentos

á la puerta de mi casa,

y si yo venir no puedo

por mi pie, me traen en andas

cuatro criados. Es cierto

que un herido siempre inspira

el interes mas completo,

y luego es tan compasivo,

tan sensible el bello sexo.

Entonces Clara, lo mismo

que hacian en otro tiempo

las antiguas españolas,

que aplicaban los remedios

ellas mismas por su mano

al ferido caballero,

va á mi cuarto á todas horas,

se sienta junto á mi lecho,

hace que lleven su clave,

y allí me está divirtiendo

con su voz... ¡qué melodia,

qué trinados, qué portento!

Otras veces lee novelas

amorosas, donde hallemos

las pinturas y retratos

propios del suceso nuestro:

cierto pasage amoroso

halla un dia por ejemplo,

y se para; cierra el libro,

da un suspiro, y con sus bellos

ojos me mira al descuido,

dejándose caer de ellos

algunas perlas: amigo,

si entonces yo estoi enfermo,

no está Clarita muy sana.

Por último, siempre veo

que es venturoso mi estado,

ó que triunfe, ó quede muerto

ó herido.

Pasc. Perfectamente.

Ganas me dan, sí por cierto,
de enfermar con esas propias
condiciones. Usted creo
que por el tiempo pasado
deduce del venidero,
¿mas si por casualidad
fuese el combate funesto,
y usted no quedase herido?

Evar. Vaya no gastemos tiempo
en valde, pues mi rival
sin duda que está mui lejos,
y no hai que tener cuidado.
¿Si viera usted cuánto siento
que se vaya usted? le estimo
tan de veras.

Pasc. Yo lo aprecio
infinito, pero voi
á despedirme.

Evar. ¿Del suegro?

Pasc. Y de todos los demas.

Evar. Algun dia nos veremos
por esas tierras de Dios,
¿no es verdad?

Pasc. No sé.

Evar. Por cierto
que me alegraré poder
servir á usted.

Pasc. Mui bien; pero.....

Evar. ¡Oh! El servir á las personas
que tienen nuestros afectos
es servirse uno á sí mismo.

Pasc. Señor, usted.. no comprendo..

Evar. Se me olvidaba decir
que no vaya usted mui lejos
á establecerse. Si acaso....
quién sabe.... llegará tiempo
en que necesite un hombre
de probidad y secreto...
no digo mas, pero pued^a
que seais hombre de provecho
algun dia.... reservad
esta especie en vuestro pecho.
Abur.... Es hombre de bien;
cuando yo reine al momento
le hago ministro de estado.

ESCENA 5.^a

Pascual solo.

Pasc. A Dios. ¡Qué fin tan funesto
tuvo mi resolucion,
de disfrazarme!.... yo puedo
en una palabra sola
deshacer todo el enredo,
pero ya es tarde; ella le ama,
y declararme comprendo
no haria mas que afligirla,
sin serme á mí de provecho.
Si yo pensase como otros
de aqui naceria un duelo,
¿pero á qué fin?... ademas
él no tiene culpa de esto;
llega, y es bien recibido,
ama, y consigue; dejemos
á todos en este error,
pues con él estan contentos,
y supuesto que yo solo
soi el infeliz, no quiero
incomodarlos; partamos.

ESCENA 6.^a

Dicho, Genaro, y Clara.

Señor don Genaro, espero
vuestras órdenes.

Genar. ¡Pues cómo!
¿nos deja usted?

Pasc. Y mui presto.
Ahora mismo marchó.

Gen. Extraño
tan repentino proyecto.
¿Cómo no dijo usted nada
esta mañana?

Pasc. Un momento
á veces es suficiente
para que al punto variemos
nuestros planes: Crean ustedes
que con mucha pena dejo
este sitio, pues quisiera
disfrutarle por mas tiempo;
pero la felicidad

sin duda que no se ha hecho
para mí.
Clar. Ni para mí;
tampoco.

Gen. Pues no hai remedio,
permítame usted que vaya
á acompañarle.

Pasc. Yo os ruego
que no os molesteis.

Gen. No mas
que á la puerta.

Pasc. No consiento
que salgais de aqui, Señora,
quiera Dios que el himeneo
que se os prepara, sea un lazo
que colme vuestros deseos.

Gen. Todos así lo esperamos,
y sucederá en efecto.

Pasc. ¿Y esta señorita está
gustosa?

Gen. No puede menos.
Mire usted como se pone
colorada.

Pasc. Ya la veo;
á Dios por la última vez,
á Dios, señora.

ESCENA 7.^a

Genaro y Clara.

Gen. Es sugeto
mui amable, pero triste.

Clar. Tendrá acaso sentimientos
que le aflijan.

Gen. Norabuena.
Pero podia á lo menos
ocultarlos, pues nosotros
no tenemos culpa de ello.
Mi yerno sí que es alhaja;
¿qué franqueza, qué gracejo,
qué alegría natural,
qué ocurrencias?

Clar. Es mui cierto,
que es vivo, franco y gracioso,
mas si os digo mi deseo,
quisiera que no tuviese
tanto amor propio, ó al menos

que disimulase mas
la viveza de su genio,
que tuviese reflexion,
juicio, en fin....

Gen. ¿Qué estás diciendo?
Así son todas las damas,
siempre desean aquello
que no tienen; pues yo estoi
con mi yerno mui contento;
aqui viene.

Clar. Deje usted
que me retire.

Gen. ¿A qué efecto?
Espérate y le hablarás.

Clar. No señor, mui pronto vuelvo.

ESCENA 8.^a

Genaro y Evaristo.

Gen. ¡Oh qué á punto viene usted!
Antes no tuvimos tiempo
para hablar, ni yo le pude
decir de prisa y corriendo
mas que solas dos palabras.

Evar. Pero dos palabras fueron
bien preciosas, pues mi triunfo
coronaron.

Gen. Apostemos
á que ahora perdona usted
á su tio.

Evar. ¿Cómo es eso
de mi tio?

Gen. Sí, su carta,
amigo, os ha descubierto;
ya lo sabia yo todo.

Evar. Con que.... Pero yo no
entiendo
lo que usted dice: ¿mi tio
ha escrito á usted?

Gen. Sí por cierto.
Su tio de usted me escribió;
¡Hai tal cosa!

Evar. Vaya, creo
que usted se chancea.

Gen. No.

ESCENA 9.^a*Dickos y Victor.*

Vict. Abajo llegó un sugeto preguntando por usted.... dice que es....

Gen. Ya voi corriendo.

Pues sí señor, yo ya estaba informado del secreto, y al punto le conocimos todos en casa.... Hasta luego.

ESCENA 10.^a*Evaristo y Victor.*

Evar. ¿Victor, qué quiere decirme don Genaro? si de cierto habla, sin duda mi tío le escribió. Yo lo celebro. ¿Mas cómo sabe mi tío que yo estoi aquí? no puedo comprenderlo.

Vict. Pues yo sí, y os explicaré el enredo. Don Genaro dice bien, un tío escribió en efecto, mas no su tío de usted, pues á usted le estan teniendo todos por otro.

Evar. ¿Por quien?

Vict. Por un novio.

Evar. ¿Cómo es eso?

Vict. Sí señor, y el novio es aquel fingido viagero que llegó poco despues que nosotros: ahora mesmo se va á marchar á su casa, cediéndole á usted el puesto.

Evar. Tú quieres volverme loco. ¿Qué embrollo me estás diciendo? Espílicate mas.

Vict. Lo haré, porque me ha informado de ello un criado; cuando anoche llegamos, todos creyeron que era usted un don Pascual

con quien hace mucho tiempo tienen tratada la boda de doña Clara; el mozuelo, deseando conocer á su esposa, tomó el medio de fingirse en caminante, pero descubrió el secreto á don Genaro su tío, cabalmente al mejor tiempo. Llega usted, y creen todos que es el novio, y por lo menos le recibieron al punto con los mayores extremos, y apenas usted les dijo una palabra, al momento le aceptaron para hacerle de doña Clarita dueño. Esta es la equivocacion, y este es el todo.

Evar. ¿Qué enredo! por eso extrañaba yo.... ¿Habrá marchado en efecto don Pascual?

Vict. Puede que no.

Evar. Preciso es que procuremos aprovechar los instantes. Voi al momento corriendo á escribirle, aunque con lapiz, un corto billete, presto dásele, y no le permitas marchar.

Vict. Corro á obedeceros.

ESCENA 11.^a*Evaristo solo.*

Evar. Voi á hacer un sacrificio mui costoso, mas no debo abusar de un simple error. Don Pascual tiene derecho para ser de doña Clara esposo, y llegará á serlo; sí señor, que yo lo tomo á mi cargo; solo siento que ella se muere por mí; mas don Pascual es sugeto mui digno de ser amado,

y vencerá con el tiempo
la pasión de doña Clara.
Ella llegará muy presto
á olvidarme como amante,
no como amigo, que espero
hacer viajes muy frecuentes
á esta casa. ¡Qué contento
es ver á aquellas personas
que hacemos felices! veo
cuanto habrá de suceder.
Siempre que yo venga á verlos,
al punto que me divisen
saldrán de casa corriendo
á recibirme, querrán
todos abrazarme á un tiempo,
doña Clara, don Genaro,
don Pascual, los nietezuelos,
todos se atropellarán
para estrecharme en su pecho.
Doña Clara me dirá
con el afecto mas tierno,
¡oh, qué expresivas palabras!
Amigo mio, estais viendo
la madre mas venturosa
del mundo, todo lo debo
á vos, mi dicha, mi esposo.
Aunque yo llegase á serlo
suyo, no podria ser
mas feliz, pero yo creo
que vuelve Victor.

ESCENA 12.^a

Dicho y Victor.

¿Qué traes?
¿Llegastes acaso á tiempo?
Vict. Ya don Pascual está aqui.
Evar. Nunca yo dudaba de eso;
¿y mi carta?
Vict. ¿Qué demonios
le escribió usted?
Evar. ¿Pues qué es eso?
¿qué sucedió?
Vict. Que al abrirla
quedó el hombre casi yerto:
mudó de color mil veces:
después se quedó sereno,

pero con ojos tan vivos,
y tan qué sé yo.... á lo menos
se alegraba, pues me dijo:
dile que voi al momento:
yo pensé marchar al punto,
pero me obliga este pleito
á detenerme.... ya viene.
Evar. Bueno es que á solas quedemos.

ESCENA 13.^a

Evaristo y Pascual.

Evar. Ola, ¿ya está usted de vuelta?
Pasc. Podiais estar satisfecho
de que no rehusaria....
Evar. Sí señor; por eso mismo
sabia que precisamente
vendria usted.
Pasc. Pero creo
que ha elegido usted mal sitio.
Evar. No señor, el sitio es bueno,
buenísimo; en esta sala
debe acabarse el enredo.
Pasc. Mejor fuera irnos al bosque.
Evar. ¿Al bosque? yo no os entiendo.
Pasc. Pues el billete está claro:
léale usted.
Evar. Ya le leo.
Volved, preguntad por mí,
pero con mucho secreto,
y sin que ninguno os vea;
ja, ja, ja....
Pasc. ¿Pues qué hai en esto
digno de risa?
Evar. No es nada,
ahora á adivinar empiezo
lo que ha sido: si es un lance
graciosísimo; ya vuelvo,
espéreme usted un rato.

ESCENA 14.^a

Pascual solo.

Pasc. Todos aqui son misterios:
me envia á llamar con prisa,
y cuando yo me presento

se rie á mas no poder.
 Me encarga con gran secreto
 el que ninguno me vea;
 y hace que le aguarde dentro
 de esta sala, donde es fuerza
 que alguno salga mui presto.
 ¡Oh! quiera Dios que no venga
 doña Clara, ¡tanto temo
 volverla á ver! ¿Qué disculpa
 la daria de haber vuelto
 tan al instante? Alguien viene,
 y es ella, ¡válgame el cielo!
 ¿cómo sufriré su vista?

ESCENA 1.^a

Dicho y doña Clara.

Clar. ¿Quién será este caballero
 que me ha dicho don Pascual
 que me busca?... ¿mas qué veo?
 ¿Es usted?

Pasc. Mi detencion
 sin duda ha de sorprenderos.

Clar. ¿Cuál es el motivo de ella?

Pasc. Un cierto asunto que tengo
 que tratar con vuestro esposo
 futuro .. y él á este puesto
 me ha citado.

Clar. Ciertamente
 que me alegro mucho de eso.
 Si mi padre aprovechase
 para poder deteneros
 esta ocasion.

Pasc. Vuestro padre
 puede que en este momento
 se incomode con mi vista,
 y mas que está disponiendo
 las cosas para la boda.

Clar. Aun hai que decir en eso.

Pasc. ¿Pues no dijo don Genaro
 que iba á celebrarse luego,
 al instante?

Clar. Sí señor;
 habia llegado el tiempo
 de aprisionarme en un lazo
 que ya me estaba oprimiendo
 antes que me le pusiesen,

pero por fortuna tengo
 un tierno amigo en mi padre:
 le he descubierto mi pecho,
 y viendo la repugnancia
 con que admito el himeneo,
 consiente en que se difiera.

Pasc. Pues yo vivia creyendo
 que amaba usted á ese jóven.

Clar. Mal hizo usted en creerlo.

Pasc. Quizás otro mas dichoso
 habrá ganado primero
 ese corazon.

Clar. Tampoco á nadie amaba, os
 protesto,
 cuando él vino.

Pasc. ¿Qué he escuchado?
 ¡Ah señora! ¿Será cierto?
 ¡Si supiera usted qué nueva
 es esa para mi pecho!
 ¡Feliz don Pascual!

Clar. ¿Pues cómo?
 oye usted que no le quiero,
 ¿y envidia su suerte?

Pasc. Yo hablo
 por mí.

Clar. ¿Qué está usted diciendo?

Pasc. Ya es inútil la ficcion.
 Quien se ofrece á los pies vuestros
 es don Pascual.

Clar. ¡Es posible!

Pasc. Sí por cierto.

Perdone usted, doña Clara,
 perdone usted mis intentos
 de observar con un disfraz
 si usted era con efecto
 cual todos me la pintaban.
 Con áqueste pensamiento
 llegué, la ví, la adoré,
 pero hallando un forastero
 en casa, y viendo que estaba
 concertado el himeneo,
 pensé que era vuestro gusto,
 por lo cual al punto mesmo,
 haciendo á usted sacrificio
 de mi amor, y del deseo
 que yo tenia á su mano,
 quise ausentarme.

Clar. No puedo

volver en mí: ¡qué sorpresa tan dulce! Sin duda el pecho me lo anunciaba; mas yo no lo entendía; ya espero verme unida al que mas amo.

ESCENA ULTIMA.

Dichos, Don Genaro, Evaristo y Victor.

Evar. ¿Supe yo escoger buen puesto para la cita, ó quereis ir ahora al bosque?

Pasc. Yo creo que usted disimulará que no acertase el misterio, conozco mi ingratitud.

Clar. Yo tambien conozco el precio de una accion tan generosa. Usted no tuvo derecho para aspirar á mi mano, pero le tiene, y mui cierto, á toda mi estimacion. ¿Sabe usted, padre?....

Gen. Ya vengo completamente informado, y á don Pascual conocemos por fin.

Pasc. Perdóneme usted.

Gen. Mui bien, pero su proyecto extravagante nos puso á pique de hacer un yerro irremediable, y usted, si Clara consiente en ello, se hubiera quedado en blanco, y con justicia, supuesto que tuvo toda la culpa.

Pasc. Perdone usted.

Evar. Degemos tantos perdones que ahora no es año santo.

Pasc. Yo debo estar mui agradecido al generoso extranjero que supo.....

Evar. Basta, yo hice lo que es justo... respiremos,

que una virtuosa accion da un plácido movimiento á la sangre; desde hoy desisto de mis proyectos, y quiero en todo enmendarme. He aqui el plan que me he propuesto nuevamente, ya no aspiro á los brillantes empleos, pues no faltarán personas que los sirvan, solo quiero vivir con tranquilidad retirado aqui en el centro de Aragon.... ¿saben ustedes si acaso se está vendiendo aqui cerca alguna hacienda?

Gen. Precisamente me acuerdo de una que no dista mucho.

Evar. Pues la compro en el momento, me caso con una dama virtuosa por extremo, amable, bonita, en fin otra doña Clara, luego tendré muchos hijos, muchos, pues siempre bendijo el cielo las familias numerosas.

Mi esposa con mucho esmero correrá con educar las hembras, y al mismo tiempo instruiré yo á los varones, que absolutamente quiero ser solo su protector, este es un gusto hechicero para un padre, estudiaré las inclinaciones de ellos; unos seguirán las armas, y otros irán con el tiempo á cursar á Salamanca.

Vecino mio, yo quiero que usted me saque de pila al que me nazca primero, se criará grandemente, y no tendré que ir mui lejos para buscarle la esposa, pues se unirá en himeneo con la hija de don Pascual, y así todos juntos, luego, seremos hijos de usted, y allá cuando llegue el tiempo

de su vejez, nos dirá
con venturoso contento,
solo tenia una hija,
y ahora todos cuantos veo
son de mi familia, este es
un razonable proyecto.

Vict. ¿Qué llama usted razonable
cuando nos falta el dinero
que ha de costar esa hacienda,

que es todo su fundamento?
Señores, ustedes crean
que mi amo morirá haciendo
sus gracias acostumbradas,
pues aunque piense de cierto
enmendarse, seguirá
con sus malditos proyectos,
sin conocer que son todos
palacios de humo y de viento.

En dicha Librería de Gonzalez se hallan las piezas siguientes:

Avelino ó el Gran bandido, tragedia en 8.^o

Aviso á los casados, en 8.^o

El Avaro, ópera.

Abogar por su ofensor, y Baron del Pinei.

Abre el ojo, ó sea aviso á los solteros.

El Abuelo y la nieta.

Acmet el magnánimo.

El Alva y el sol.

El Ayo de su Hijo.

El Amor constante, ó la Olandesa.

Amores del conde de Cominges.

Antes que te cases mira lo que haces.

La batalla de los Arapiles, en 8.^o

El Viajante desconocido, en 8.^o

Blanca y Moncasin, ó los Venecianos, tragedia.

La Boba para los otros, y discreta para sí.

La Buena criada.

Buen amante y buen amigo.

Buena madrastra, en un acto.

El Buen hijo, ó Maria Teresa de Austria.

La Buscona ó el anzuelo de Fenisa.

El Calavera en 8.^o

El Casamiento por fuerza en 8.^o

Causó tristeza y contento la agudeza del sargento, ó la vieja enamorada, en 8.^o en un acto.

Cecilia y Dorsan en 8.^o

Citas debajo del olmo, en 8.^o

La Condesa de Castilla, en 8.^o tragedia.

El Contrato anulado en un acto, en 8.^o

El Cafe.

Las Cárceles de Lamberg.

Cárlos doce Rey de Suecia tres partes.

Catalina segunda emperatriz de Rusia, dos partes.

La Cecilia las dos partes.

Cristobal Colon.

El Confidente Casual.

La Dama Labradora.

La Dama Sutil.

Defender al enemigo en la traicion que es lealtad, y defensa de Carmona.

Defensa de Barcelona por la mas fuerte amazona.

El Divorcio feliz ó la marquesita.

El Divorcio por amor.

El Delincuente honrado en 8.^o

El Delirio ó las consecuencias de un vicio, ópera.

Don Sancho Garcia conde de Castilla, tragedia.

La Escuela de la amistad ó el filósofo enamorado.

El Español y la francesa.

Estatira ó los zelos de Rojana, tragedia.

Entre el amor y el honor, el honor es lo primero, de figuron.

Los esclavos felices, con el Asdrubal.

La escuela de los Maridos.

El Esplin.

Los Esposos reunidos.

Los Falsos hombres de bien.

La Fama es la mejor dama.

La Faustina.

Federico segundo Rey de Prusia, tres partes

El Feliz Hallazgo y el Abate mas astuto.

El Fenis de los Criados, ó Maria Teresa de Austria.

La Fé triunfante del Amor y Cetro, la Kaira, tragedia.

El Gusto del dia.

Guzman el bueno unipersonal.

Anibal, unipersonal.

El Hijo Reconocido.

Los Hijos de Nadasti.

El Hombre Agradecido

El Hombre de bien Amante casado y viudo.

La Huerfanita ó lo que son los pa-

rientes.
 Idomeneo tragedia.
 El Imperio de las costumbres en 8.^o
 El Imposible mas fácil.
 Ino y Neifile.
 Ino y Temisto.
 La Isabela, ópera.
 La Jacoba.
 El Jóven Pedro de Guzman, uni-
 personal.
 La Judía Castellana.
 La Justina.
 Lidian Amor y poder hasta llegar á
 vencer, Seleuco Rey de Siria (de
 hombres.)
 Lo cierto por lo dudoso, ó la mu-
 ger firme.
 Los Locos de Valencia.
 Mardoqueo, tragedia en 8.^o
 Maria Teresa de Austria en Landaun.
 María la del puchero, en 8.^o
 El Matrimonio secreto.
 El Médico á palos.
 La Melindrosa ó los esclavos su-
 puestos.
 Mentira contra mentira, en 8.^o
 Misanthropia y arrepentimiento.
 Misanthropia desvanecida, en un acto.
 El Misanthropo.
 La Mogigata.
 La Moza de Cántaro en 8.^o
 Numancia destruida, en 8.^o
 Natalia y Carolina
 La Nina, ópera.
 Nino segundo, tragedia.
 No hai peor sordo que el que no
 quiere oír.
 El Opresor de su familia, en 8.^o
 El Otelo ó moro de Venecia, tra-
 gedia.
 Pedro el Grande, Zar de Moscobia.

La Petimetra.
 El Pintor fingido.
 Por la Puente Juana.
 La Posada ó el Calavera escarmenta-
 do, en 8.^o
 La Posadera feliz y enemiga de los
 hombres.
 El Premio de la humanidad.
 Propio es de hombres sin honor pen-
 sar mal y hablar peor, el hablador.
 La Raquel, tragedia.
 Razon justicia y honor, triunfan del
 mayor valor, Alejandro en Escú-
 taro.
 La Reconciliacion y los dos herma-
 nos, en 8.^o
 El Rencor mas inhumano de un pe-
 cho aleve y tirano, la Condesa Ze-
 noviz.
 Rufino y Aniceta.
 Sancho Ortiz de las Roelas, tragedia.
 La Señorita mal criada.
 El Señorito mimado.
 Servir á buenos.
 El Sol de España en su oriente y
 Toledano Moisés.
 El Sordo en la posada.
 Sueños hai que lecciones son ó efec-
 tos del desengaño.
 El Trapero de Madrid.
 Troya Abrasada.
 Las Víctimas del amor Ana y Sindan.
 El Viejo y la niña.
 El Vinatero de Madrid.
 La Virtud premiada ó el verdadero
 buen hijo.
 Las Vivanderas ilustres.
 La Viuda Generosa.
 El Zeloso y la tonta.
 El Zeloso don Lesmes.
 Zenovia y Radamisto, en 8.^o